

6º. Domingo de Ramos. Año A

Lectio divina sobre Mt 26, 14-27,66

Los relatos de la pasión no son crónica neutral de lo sucedido, sino proclamación de la fe nacida a partir de la experiencia pascual. Mateo no es una excepción; sigue de cerca la crónica de Marcos y añade algunos detalles que le son propios. Como hiciera ya Marcos, Mateo narra los acontecimientos desde su final, acentuando si cabe aún más la convicción de los primitivos cristianos de que todo se debía a un plan previo: el recurso a la Escritura es más sistemático y masivo que en otros evangelios (26,15.54.56; 27,9-10.43). Jesús sabe que camina hacia la muerte y sabe que ésta no será su final. El conflicto con las autoridades judías es más neto y el triunfo de Cristo, más evidente: el siervo sufriente es el hijo de Dios, su mesías (26,3-4; 27,22.40-43.54) La comunidad cristiana sufre menos la pasión de su Señor, porque la está recordando desde la persuasión de tenerle ya presente (28,20), mientras ella se dedica a la misión que le dejó: convertir el mundo entero en escuela de Jesús (28,19).

Por su amplitud, se omite aquí la transcripción del texto, que, sin embargo, habría que leer entero.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Siguiendo fielmente su fuente, sea en la secuencia narrativa sea en los hechos narrados, Mateo introduce en su relato algunos episodios (el trágico final de Judas, el sueño de la mujer de Pilato, el diálogo entre Pilato y el pueblo; el lavado público de las manos y la petición de muerte, las señales que acompañan el momento de la muerte de Jesús, la apologética presentación de la escena de la custodia del sepulcro) que lo sitúan mejor en el contexto judío. Su interés principal es el de subrayar la decisiva importancia que pasión y muerte de Jesús tiene para la comunidad de discípulos-maestros que nacerá tras la resurrección del crucificado: el que ha muerto tan cruelmente estará con quienes se dediquen a enseñar su doctrina. Y estará como Señor omnipotente.

El relato nos puede parecer tan familiar, que corremos el peligro de no captar el sentido más profundo. Mateo narra la pasión con realismo, sin paliar el drama humano pero evitando también una sobrecarga emocional. En realidad, la pasión y muerte de Jesús no es el trágico final de una vida arruinada, sino el cumplimiento perfecto de un plan previamente concebido y anunciado por Dios (26,2). Haciendo propio ese proyecto, Jesús se hace hijo de Dios (27,54) por la obediencia y salvador del mundo por la entrega de la vida (26,25-29): el mesías 'tuvo' que padecer. Su muerte ha vencido la muerte, y abierto, de par en par, a los muertos las puertas de la vida. No es, pues, el relato de la pasión la crónica de un rotundo fracaso, sino, por paradójico que parezca, la proclamación de la definitiva victoria.

La memoria de lo sucedido a Jesús debe servir de estímulo y advertencia a la comunidad creyente, nacida tras su resurrección como lugar donde reside "Dios-con-nosotros". Cómo reaccionaron los diversos grupos (autoridades, pueblo, mujeres, paganos y, sobre todo, discípulos) durante la pasión de Jesús, tiene valor paradigmático para los oyentes del evangelio. No son ellos ajenos al drama. Ni pueden permanecer distantes. Y porque pueden evitar recaer en los ya bien sabidos errores, son más responsables. La comunidad sabe que ha nacido de *pecadores*, traidores consumados, *convertidos* (26,75); no esconde que siempre que cuenta la entrega de su Señor tiene que escuchar que fue entregado por los suyos. El relato se convierte así en *vademécum para discípulos*: cómo han de vivir y por qué morir lo descubren cada vez que recuerdan cómo y por qué murió su Señor. Morir no era el objetivo, sino demostración de su total obediencia a Dios y de un extremado amor a los hombres: Jesús se reveló hijo de Dios salvando a los hombres.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El relato de la pasión y muerte de Jesús impresiona siempre, por más sabido que tengamos lo sucedido. Llama poderosamente la atención, entre otros temas, la atención es la tremenda separación que hubo entre la voluntad de Jesús, que anhelaba dar su vida, y el querer de sus discípulos, que no pensaron más que en salvar las suyas. *Los pocos seguidores que le acompañaban, no tardaron en abandonarle, a medida que él se acercaba al Calvario*. Es verdad que la muerte de Jesús en cruz nos desvela el amor que Dios nos ha tenido; pero no es menos cierto que fue, y sigue siendo, la *prueba definitiva* del discípulo: todas las esperanzas que sus seguidores se habían hecho junto a él, por Galilea, fueron sepultadas por la cruz, en el Gólgota.

¿Cómo nos situamos nosotros ante la muerte de nuestro Señor? ¿Cómo reaccionamos ante la cruz de Cristo? Merece la pena repasar la pasión de Jesús desde la diversa actitud de tres de sus discípulos que convivieron con Jesús los últimos días, pues personifican las tres posibles posturas que los discípulos de todos los tiempos toman de frente a la cruz.

Judas es *el discípulo traidor*, aquél que permanece hasta el final con Jesús, porque se ilusionó con su persona y creyó en sus palabras, sin lograr permanecerle fiel: quien convivió con la luz del mundo lo entregó una noche cerrada. Judas es el prototipo de los que siguen a Jesús de cerca; conociendo bien dónde reposa, sabe dónde encontrarlo y está en mejores condiciones de entregarlo a sus enemigos. Su destino nos debe estremecer: *son los discípulos más*

familiarizados con Jesús quienes con más frialdad lo traicionan; a quien tantas veces lo ha besado, no importa entregarlo con un beso. La rutina del discípulo, el cansancio que nace de una continua convivencia, puede convertir un discípulo bueno en un buen traidor.

Pedro es el *discípulo que lo negó y lloró* su traición. El que era *siempre primero en confesar a Jesús, será el primero en renunciar de él*; quien buscó resistir con violencia el apresamiento de su maestro, será débil ante las preguntas de unos siervos; aquel discípulo que dijo estar dispuesto a dar la vida por Jesús, terminará por abandonarlo como todos los demás. Pedro, con su valentía de palabra y su debilidad de hecho, con sus rápidas promesas de fidelidad y su rapidez en romperlas, nos puede caer más simpático, porque, en realidad, nos queda más cercano: con él nos identificamos mucho mejor, pues nos sabemos traidores, pero arrepentidos. Nuestra salvación, como la suya, dependerá de si es mayor nuestro dolor que nuestra desesperanza. *En todo discípulo que traiciona a su maestro hay siempre un Judas potencial y un posible Pedro*: la negación del Señor puede conducirnos a la muerte o al llanto. Dependerá, como entonces dependió, de si nuestro pecado queda vencido por la confianza en el amor que Jesús, pese a todo, nos sigue teniendo. Porque *de una cosa puede estar seguro el discípulo traidor: también él cuenta con el amor de su Señor*. Jesús amó a los suyos, hombres como nosotros capaces de la negación y la huida, presa fácil de la desesperación y el remordimiento, no porque se lo merecieran ellos, sino porque así quiso él. Precisamente por eso, todo traidor puede contar con ser amado.

Entre todos los discípulos, con todo, destaca uno, sin nombre y sin rostro, el amigo amado por Jesús, *compañero fiel y fiel confidente*. Bien poco sabemos sobre él, pero conocemos lo suficiente: fue el único que siguió el viacrucis de su maestro sin negarle, el único que resistió de pie la muerte de Jesús, junto a su madre, el primero que llegará al sepulcro abierto y que creará, al verlo vacío. No es casual que fuera el discípulo más amado, quien superase mejor, más rápidamente, el escándalo donde los demás tropezaron, la cruz de su Señor. *Quien se sabe amado, guarda fidelidad sin tanto esfuerzo*: no cuesta soportar la muerte del Señor, siempre que se la entienda como supremo acto de amor. El discípulo que comprende la muerte de Jesús como entrega total y amor probado, puede asistir a ella, resistiendo la tentación de la renuncia y sin consumir la traición. No hay otro camino para superar el escándalo de la cruz, si no el de comprenderla, y aceptarla, como un supremo, e inexplicable, acto de amor; por ello, fue el discípulo que se sabía amado quien pudo ser el único fiel entre los discípulos.

Y no es, ciertamente, casual que el discípulo fiel estuviera acompañada en ese momento crucial por la madre de Jesús; quien resistió la prueba, recibió como herencia a María. A quien abraza la cruz en su vida, a quien no huye ante ella ni reniega de Jesús, aunque esté crucificado, se le confiará la madre de Jesús como tarea y en propiedad. La fidelidad está al alcance del amado, porque el amor se ejercita en la fidelidad; Jesús moribundo no tuvo a ningún otro, a quien dejar su madre, fuera del discípulo mejor amado. Cada uno de nosotros sería más fiel, en el momento de la prueba, si se sintiera acompañado por María; la presencia, silenciosa pero eficaz, de la madre de Jesús hace más soportable el dolor y menos penosa su desaparición. María pertenece a los discípulos más amados de Jesús; y éstos son los que pueden serles fieles hasta frente a una cruz.

Triple es, pues, la suerte del discípulo de Jesús que le acompaña durante su pasión: el suicidio y la perdición, el llanto y el retorno a la convivencia, la fidelidad sostenida por el amor y la acogida de la madre de Jesús como propia madre. Las tres posibilidades siguen estando *abiertas a todos los que, hoy como ayer, queremos seguir al Maestro*: la pasión de Jesús no es una vieja historia. Recordarla hoy nos ha de llevar a aceptarla como suprema historia de amor de Dios para con nosotros y a reconocer nuestra responsabilidad de cristianos: en cada uno de los que asistimos a este drama sigue habiendo un traidor impenitente, un negador arrepentido o un hijo fiel de María.

Hacer hoy memoria de la pasión de Jesús nos da la oportunidad de recordar el amor que Dios nos ha dejado mostrado en la cruz de Cristo y la responsabilidad que nos incumbe a cuantos lo sabemos. No renunciemos nunca de la cruz de Cristo, no rehuyamos de nuestras cruces: sólo quien afronte la cruz, se sentirá amado por Dios más allá de cuanto él quiere o puede, en contra de sus evidencias y más allá de sus fuerzas. Aguantar de pie, ante la cruz de Cristo y ante nuestras cruces, nos sabremos amados por Cristo crucificado, se nos hará más fácil la fidelidad y recibiremos a María como madre nuestra, y de por vida. ¿Podríamos anhelar algo más o mejor?

III. ORAR: desear que se realice en mi lo que he escuchado

Recordar, Señor, otra vez tu pasión me sobrecoge; más miedo que el sufrimiento que padeciste me da constatar el amor con que me amaste. Se me hace increíble, inabarcable. ¿Qué tengo yo para merecer tamaño sacrificio? ¿Qué has visto en mí de amable y precioso que te llevó a preferirme a mí a costa de ti? Sospecho que me amaste por amor a tu Padre, por eso tu 'pasión' es desvelación de su amor. No lo entiendo, no puedo. Pero te agradezco haberme amado tanto, que se me antoja demasiado.

Como todos tus discípulos, me da miedo tanto dolor y tan grande amor. No logro aceptar ser amado sin razón ni medida. Y me sigo oponiendo a ver en tu cruz la manifestación suprema de tu obediencia de Hijo y mi única salvación. Haz que me sienta amado como tú me amas y me sentiré salvado en tu muerte en cruz. Haz que acepte tu modo de amarme y no espere que a ser amado como necesito. Que sin tener en cuenta mis traiciones, mis fugas y mis repetidas negaciones, me hayas amado hasta la muerte, da un nuevo sentido a mi vida: nada la merece, sino quien la dio por mí.